

ECO DEL SEGURA

AÑO. VIII.

CIEZA 28 ABRIL DE 1912.

NÚM. 363.

Quedamos complacidos

Sr. Director de Eco del Segura.

Muy Sr. mío: No cayeron en insensible ó indiferente ánimo los benévolo y amables conceptos con que su digno periódico local saludó nuestra venida á esta villa, de que casualmente tengo ahora noticia; y deberes elementales de justa correspondencia y estímulos de agradecimiento, extensivos á la cariñosa acogida general que se nos dispensa por su culto y laborioso vecindario, nos mueven hoy á darle las gracias y á aprovechar la ocasión de ampliarlas para todos. Tal proceder me hace romper el firme propósito que tenía concebido, por convencimiento de mi insuficiencia y el estado resentido de salud, y deferente á la invitación que reiteradamente me hace de escribir, con mi torpe pluma, algo para su semanario, le adjunto unas rápidas impresiones que producen en mi espíritu, predispuesto, las bellezas y encantos de esta región, que aunque desaliñadas por el estilo y ligereza de la percepción y concepción, son la expresión fiel y sentida de un observador que rinde culto de admiración á la grande y sublime obra de la Naturaleza.

Suyo muy afectísimo q. b. s. m.

E. G. ASSENSIO

La villa de Cieza Y SU COMARCA

Aspecto general de la superficie

Dico la inimitable pluma de nuestro fecundo y glorioso escritor don Pedro Ant.º de Alarcón, en su obra *La Alpujarra*, una de las mejores concepciones de tan portentoso genio literario, estos hermosos y sublimes conceptos, que sabemos de memoria, porque se asimilaban perfectamente á nuestra manera de pensar y sentir, y que repitiéndolos quisiéramos aprendieran todos; los que están resaltando en nuestro ánimo, sintiéndolos y percibiéndolos profunda y gráficamente, al contemplar la naturaleza de este bello suelo:

«Cuando ya se ha vivido; cuando desde la cumbre de la edad empieza uno á discernir sintéticamente el casuismo de cada existencia humana y las vicisitudes generales de la Historia, la mente se recrea en hacer la sinopsis de los montes y las aguas; en ver, por ejemplo, en donde nacen los ríos, cómo se enriquecen y qué fatalidades físicas les trazan su rumbo; porqué se convierten

de vasallos en señores y de qué manera fenecen en el piélago insondable. Adviértese entonces, con filosófica humildad, que las aguas influyen en la estructura de los montes, casi tanto como los montes en el curso de las aguas. Estas roen y rebajan las cumbres de los cerros, con la lima de las lluvias; los hienden y cortan en profundos barrancos; desgastan sus laderas; oradan y derrumban sus diques para abrirse camino; construyen colinas, deltas y barreras con sus arrastres; forman valles y cañadas á su paso y determinan la condición y aspecto de cada terreno, su aridez ó su amenidad, su depresión ó su altura. Tales contingentes secundarios y los primitivos fenómenos geológicos, que edificaron caprichosamente aquí y allá, esta ó aquella cordillera, para que diera origen ó leyes á la mismas nubes y calidad ó fisonomía á cada comarca, llegan á parecernos otras tantas alegorías de las grandezas del mundo, del sino de los hombres, de los antojos de la suerte, de la revolución de los pueblos, de los decretos de la Providencia. *Son lágrimas de las cosas*, dice Virgilio. Mas ¿qué digo? Estos accidentes geográficos no son meras imágenes poéticas aplicables á los hechos de la Historia: son la Historia misma. El terreno decide el carácter de las razas: aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno: quien dice montaña, dice frontera: el río se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero: toda batalla tuvo por clave local ó ocasional la posesión ó la conquista de un vado, de un desfiladero, de una eminencia... La Historia es esclava de la Geografía.»

Al observar esta región, produce asombro esa admirable arquitectura que la artista Naturaleza supo trazar con los cincelos de sus leyes, y nunca más que en la presente ocasión nos pueden servir de inspiración y guía aquellos transcritos párrafos del eminente Alarcón, al tratar de meditar la acción combinada de sus montes y sus aguas hasta darle su forma actual, y que tan sabia y persistentemente supieron utilizar y utilizan sus laboriosos habitantes, aplicando con su actividad los también asombrosos adelantos de la ciencia á fines agrícolas é industriales, para aprovechar la obra natural á su mejor bienestar y perfeccionamiento.

De lo que vamos viendo y apreciando en los rápidos y parciales recorridos por esta encantadora porción media de la cuenca del río Segura, se halla encantado nuestro ánimo ante los contrastes más extremos y violentos de su accidentada superficie, que conmueve y movimientos geológicos de

edades pasadas, con los socabamientos, roces y arrastres de las aguas, determinaron su configuración actual, suavizada y planeada, en parte, por el esfuerzo del hombre ó instrumentos agrícolas, muchas de cuyas labores ya dejó ejecutadas, y algunas conservan su propio estado, el pueblo árabe, con su larga dominación y su genio y competencia para el cultivo de las tierras.

La parte montuosa, que es la predominante, nos manifiesta grandes, desordenadas y descompuestas extensiones, de una configuración especial y rara en estas inmediaciones, principalmente en sus remates, de formas tan caprichosas y variadas, que nos presentan modelos comparativos, en semejanza, con todas las figuras geométricas y hasta animadas del reino orgánico: ya sus crestas y perfiles imitan admirablemente á cubos, prismas, cilindros, romboedros, etc.; ya el maxilar dentado de algún monstruoso animal antediluviano y aun el conjunto de su total disposición; ya el lomo encrespado de alguna variedad de erizos; ya la concha caliza y espinas y aletas dorsales de raros y descomunales peces, ó las verrugas de terroríficos y repugnantes reptiles; cabezas y miembros de gigantes prehistóricos; dedos de múltiples manos, levantados por invisibles seres que parecen ocultos tras los macizos, y hasta raros y jocosos muñecos exhibidos á modo de polichinelas.

En semejanza arquitectónica, la ilusión es aun más completa: desde el dolmen druidico, pasando por las asombrosas construcciones ciclópeas, vislumbra uno pirámides y hasta estigmas egipcias; trozos y restos de columnas y pilastras, con los giros, capiteles y basamentos de todos los órdenes conocidos, que parecen denunciar el pasado de cada una de las civilizaciones, destruidas sus obras de floreciente arte por la barbarie de las invasiones y guerras que sucesivamente asolaron su suelo; soberbios monumentos romanos; se destacan configuraciones naturales análogas á presidios y atalayas árabes, cuyos ruinosos paramentos aun se observan en alguna que otra eminencia, y se recuerda la edad media con sus castillos más inaccesibles y sus fortalezas más inexpugnables, al par que moradas señoriales de asiento el más pintoresco y excelso.

En comparación con el Océano, el conjunto de este suelo guarda también su identidad; ya representándonos los movimientos, contorsiones y encrespamientos de las aguas de aquél en las tempestades y borrascas, con sus profundos senos y formidable levantamientos de sus rompientes y es-

pumosas olas; ya flotando en ellas enormes estáceos y descomunales navíos, y también con sus témpanos y bloques de hielo, cual los que arrastran sus corrientes, afluentes á la ecuatorial, como porciones desprendidas del continente del agua congelada por el frío perpetuo en los mares polares, y aun no falta el temor probable, por desprendimientos parciales observados, que algún pueblo de la región siente, por efectos análogos á los del choque del *Titanic* con determinado iceberg granítico, que las corrientes de los movimientos geológicos colgaron sobre su casco y está en constante amenaza de acabar de desprenderse de la considerable altura del accidente orográfico que aun le mantiene en equilibrio inseguro, para caer sobre aquel vecindario, produciendo semejantes desastrosas consecuencias que las que hoy llora y lamenta el mundo entero al ver destruido y sumergido en el abismo, de lo más profundo del Atlántico, con la mayor parte de su pasaje, el más perfecto, grande y acabado modelo de la arquitectura naval, que la soberbia humana tuvo la osadía de presentar como invulnerable ó insubmersible por las incontrastables é invencibles leyes de la Naturaleza, precisamente en su primer viaje.

Y percibidas estas visualidades superficiales con que la Creación y la actividad del hombre construyeron y esplanaron el suelo del planeta y se contemplan lo gigantesco de sus alturas y las siluetas que sus crestas dibujan sobre el fondo sin fin del diáfano azul del cielo, de tantas y tan variadas hechuras, ó confundidas con los cirros y demás admirables pabellones que el vapor acuoso toma en las más caprichosas formas, cual inimitables y sublimes cuadros con que la naturaleza adorna su salón del espacio, que ningún genio artístico pudo ni podrá reproducir en su esencia y tonalidad, no hay espíritu observador y sensible de todo lo grande y bello, que no caiga rendido en éxtasis de admiración y maquinalmente eleve al Creador un himno de alabanza y una oración con místico arrobamiento.

G. ASSENSIO.

AUTOBIOGRAFÍAS

De autores cómicos.

VI

Miguel Echegaray

Mi querido director:
El retrato que ha pedido

